

XXVIII PREGÓN DE LA PURA Y LIMPIA  
CONCEPCIÓN DE MARÍA SANTÍSIMA

PRONUNCIADO POR EL  
ILMO. SR. Y RVDO. PADRE  
D. JOSÉ MANUEL FERRARI OJEDA  
VICARIO JUDICIAL DE LA DIOCESIS  
DE MÁLAGA Y CANÓNIGO DE LA  
S.I.C.B

IGLESIA DE SAN JUAN BAUTISTA  
MÁLAGA 4 DE DICIEMBRE DE 2009



## PREGÓN DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Cofradía de los Dolores (San Juan). 2009.

Queridos Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Muy Antigua, Venerable y Pontificia Archicofradía Sacramental de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Redención y Nuestra Señora de los Dolores.

Amigos todos...,

Sean mis primeras palabras para expresar públicamente mi agradecimiento a esta ejemplar Archicofradía por todo lo que aporta a la Semana Santa de nuestra ciudad y, en particular, por todo lo que a mí me ha aportado desde que soy hermano de la misma.

Quiero agradecer, antes de nada a mi fraternal amigo José-Aurelio García Andreu, hermano mayor de esta Archicofradía, y, como no, a toda la Junta de Gobierno por haberme elegido para que mi torpe voz y limitada creatividad proclame la Inmaculada Concepción de la Virgen Madre. Precisamente cuando, todavía hoy, resuenan las preciosas palabras de mi antecesora, Ana María Medina, que pregonó con maestría y sapiencia en pasado año: Una vez más, gracias Ana María.

Aquí estoy, pues, con la mayor de las ilusiones, para llevar a cabo la empresa que me habéis encargado y que, sin duda, me honra.

Me presento, por eso, modestamente pero con la ilusión de aquel que quiere compartir sus sentimientos con la pasión de ser un profundo enamorado de nuestra Madre Celestial y, por ello, afronto este honor de pregonar con fuerza y entrega: características que siempre quiero imitar de María.

Hoy, quiero comenzar insistiendo en la libertad para hablar de todo lo que concierne a nuestra fe: los cristianos, los hijos de la Iglesia, tenemos que hablar en el Ágora que nos corresponde, que no es otra que nuestro mundo, nuestra sociedad. No estamos en tiempos de catacumbas, aunque muchos se empeñen en lo contrario, y la fuerza de nuestra fe nos tiene que dar el valor suficiente para proclamar, alto y claro, que somos seguidores de Cristo, hijos de la Santísima Virgen María, la Concebida sin pecado, nuestra amantísima Madre y miembros de la Iglesia.

María, Reina de cielos y tierra, torre de marfil, estrella de la mañana.... flor bendita entre las flores. Es la inmensa felicidad de la mujer escogida por Dios para ser la madre de Jesús. Desde ese momento todo tiene que girar en torno a su triunfo, a su participación en la obra redentora. Alabemos a María: *“Apareció una figura portentosa en el cielo: una mujer vestida del sol, la luna por pedestal, coronada con doce estrellas”* (Ap 11,19). María, esa criatura excepcional que es redimida a la vez que corredentora; que pertenece a la tierra por su cuerpo de barro, pero que tiene un hálito de divinidad por su pureza y su santidad; la mujer que siendo la verdadera Madre de Dios acompaña íntimamente a su hijo Jesucristo en todos los pasajes de su vida, desde el humilde nacimiento en la fría gruta de Belén hasta su tortura y muerte en la Cruz, y allí —al pie de la Cruz— nos acoge a fin de que podamos encontrar siempre en su regazo el calor del corazón de una Madre.

.../... (Breve silencio)

La Inmaculada Concepción de María es un libro abierto con la firma de Dios que nos descubre nuestra realidad humana y cristiana. Con María, por si lo olvidamos, también nosotros hemos sido escogidos desde antes de la creación del mundo por pura iniciativa de Dios. ¿Nos damos cuenta de lo que ello significa? ¿Acogemos la gracia o la rechazamos? ¿Somos inmaculados o corruptos? ¿Sencillos o complicados como la vida misma? ¿Con los ojos orientados al cielo o ciegos y embarrados con los acontecimientos del duro suelo? ¿Conscientes del amor de Dios o indiferentes a su llegada en Navidad?

La Inmaculada no es esa mujer de manos entrecruzadas en el pecho y con los sentidos embotados en el universo. La Inmaculada es aquella mujer que, por Dios, pisó con todas sus fuerzas las flaquezas y los pecados, las debilidades y las tentaciones que sacudían y siguen agitando al hombre. La concepción inmaculada de María nos anuncia la victoria definitiva del amor y la misericordia de Dios en el mundo: Dios se ha mostrado capaz de preservar a una sola de sus criaturas para que fuera la Madre de su Hijo y, así, iniciar el mundo nuevo que con Él nos viene.

Dios proclama en María que quiere liberar a los hombres del egoísmo y del miedo y así, frente al fatalismo del mal, en María Santísima resplandece la victoria de la misericordia de Dios; frente a la noche —símbolo de nuestro sufrimiento y de nuestra capacidad de destrucción— María es la aurora que nos trae al Salvador.

A la luz de la Inmaculada podemos descubrir que, a pesar del peso de nuestros pecados, todavía hay futuro para nosotros y, por esto, podemos dar gracias a Dios. La Virgen Inmaculada nos revela un camino nuevo en medio de un mundo viejo y marcado por tantas limitaciones e injusticias. María sigue

siendo una señal de esperanza segura. Por esto, el pueblo cristiano dice a María: *“vida y dulzura y esperanza nuestra”*.

En Ti, Purísima, resplandeciente, fijamos nuestros ojos, como en la Estrella que nos guía por el cielo oscuro de las expectativas e incertidumbres humanas, particularmente en estos días, cuando sobre el trasfondo del Adviento brilla la solemnidad anual de tu Inmaculada Concepción y te contemplamos en la eterna economía divina como la Puerta abierta, a través de la cual debe venir el Redentor del mundo.

María, llena de gracia y de esplendor, la que eres bendita entre todas las mujeres, *“descanso para los que trabajan, consuelo de los que lloran, medicina para los enfermos, puerto para los que maltrata la tempestad, perdón para los pecadores, dulce alivio de los tristes, socorro de los que rezan”* (San Juan Damasceno, Homilía en la Dormición de la Stma. Virgen María).

.../...

La Virgen Inmaculada nos acerca al Misterio de su Maternidad como momento e instrumento clave de la historia de la Salvación. María fue saludada por el Ángel Gabriel como la llena de gracia, asegurándole que el Señor estaba con ella, porque iba a ser la Madre del Hijo del Altísimo. Si María fue concebida sin mancha de pecado original, ello ocurrió en previsión de los méritos de su Hijo: porque iba a ser la Madre de Jesús, el Salvador de los hombres.

Hoy miramos a esa Madre, que ilumina toda la esperanza del Adviento y de toda nuestra vida;

Lo hacemos –una vez más- dispuestos a sacar todas las consecuencias para la vida y el compromiso del amor cristiano que la hora actual del mundo nos está reclamando: especialmente a la Iglesia, a las Cofradías y a nuestra Cofradía;

Lo hacemos teniendo como telón de fondo una situación social llena de peligros para los niños y de desafíos para nosotros.....

María, es Madre, hemos repetido y afirmado con profundo convencimiento y orgullo, es nuestra Madre Inmaculada y es la Madre de todos, por eso también sufre cuando cualquier niño es tratado como *“un objeto”* y no como *“un sujeto personal”* con la cualidad y la dignidad de la persona humana *desde el momento de su concepción:*

¡No se tiene *“derecho al hijo”* sino que se debe de reconocer *“el derecho del hijo a nacer y después a crecer de modo plenamente humano”!*

Con tristeza y dolor muy profundos venimos asistiendo en España a una difusión creciente de concepciones y conductas planteadas en clara contraposición al valor insustituible que tienen para la sociedad y su futuro el matrimonio fielmente vivido en el amor sponsal y la familia que de él fluye. Se articulan medidas normativas y administrativas formuladas abiertamente en contra del derecho a la vida del niño y de los bienes esenciales del matrimonio y de la familia, a la que discriminan sin paliativo alguno.

Se amplía hasta límites impensables el “*mal llamado derecho al aborto*”, se anuncia la autorización de la venta en farmacias de la píldora abortiva del llamado “*día después*”. Se abre el diálogo a la posibilidad de que se aprueben directivas que franqueen la puerta a la manipulación de embriones humanos, en la que se incluye e implica la eliminación de los mismos. Todo ello duele y entristece tanto más cuanto más se echa de menos una clara y decidida política de apoyo al matrimonio, a la familia y a la vida.

¿Cómo no vamos a sentirnos interpelados en lo más hondo de nuestra conciencia cristiana? ¿Cómo no sentirnos afectados precisamente ante Nuestra Señora, la Inmaculada, que nos quiere abrir los ojos del corazón y del alma al Misterio de su Maternidad, tan decisiva en el designio salvador de Dios?

¿Vamos los católicos incluso a colaborar en esa cultura intelectual, social y política de la relativización ética y jurídica de la familia y del cuestionamiento del valor sagrado de toda vida humana? ¿O vamos, antes bien, a iniciar una nueva etapa en nuestro compromiso, privado y público, con la cultura del amor y de la vida, configurado por el Evangelio, del Hijo de Dios encarnado en el seno de la Virgen María; y sostenido por el amor sencillo, entero y perseverante de María, la Virgen Inmaculada de Nazareth?

Ante la mirada del Cristo de la Redención resonará, seguramente, en nuestro interior aquellas hermosas palabras que siempre emocionan, dirigidas al evangelista San Juan y a cada uno de nosotros “*hijo, abí tienes a tu madre*”. Vivamos, pues, consecuentemente como buenos y verdaderos hijos de quien quiere ser nuestra Madre.

.../...

“*Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas*” (Salmo 97).

La creación participa de la bondad y de la belleza de Dios: “*Y vio Dios que era bueno [...] muy bueno*” todo lo que había creado, anota el libro del Génesis. Pero esa bondad de lo creado quedó empañada por el pecado del hombre, cuando éste dejó morir en su corazón la confianza hacia su Creador y, desobedeciendo, se prefirió a sí mismo en lugar de Dios, despreciando a Dios.

Toda la historia de la humanidad es un testimonio elocuente de la verdad del pecado original. El pecado inunda el mundo. Cada día palpamos su realidad, su peso, su fuerza de atracción y la cosecha del pecado es la muerte. Cuando el hombre no quiere reconocerse criatura ante su Creador, termina sembrando muerte, transformando las leyes de la vida en sentencias de muerte.

En María, la Virgen Inmaculada, el proyecto de Dios sobre la creación no se ve desfigurado por el pecado del hombre. No hay en María ni un átomo de desobediencia. Su sumisión al Señor es su libertad: *“He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”*. La sumisión y la libertad de María son como un reflejo de la obediencia soberana de Cristo en la Hora de su Pasión: *“no se haga mi voluntad, sino la tuya”* (Lucas 22, 42).

El sí de María, la nueva Eva, está precedido y posibilitado por el sí de Cristo, el nuevo Adán. Dios la ha bendecido en la persona de Cristo *“con toda clase de bienes espirituales y celestiales”* y la ha elegido antes de crear el mundo para ser santa e inmaculada ante Él por el amor (cfr., Efesios 1, 3-6.11-12). Son los méritos de Cristo los que resplandecen en la *“llena de gracia”*, en la Virgen Inmaculada.

En Ella reluce sin mancha ni arruga la belleza de lo creado. Ella es la obra maestra de Dios, donde se encuentran la creación y la redención, donde el mundo vuelve a ser un jardín, donde la Mujer vence a la serpiente. María se convierte así en imagen y primicia de la Iglesia, del pueblo nuevo de los hombres nuevos, de la asamblea de los bautizados, que entonan el cántico nuevo alabando la belleza de Dios revelada en el rostro glorioso del Crucificado.

Dios preparó para su Hijo una *“digna morada”*, para que en ella residiese la Gloria del Señor.

María, en su Inmaculada Concepción, es aquella mujer privilegiada cuyo *“SÍ”* en Nazaret sigue resonando con emoción e intensidad (Lc 2)

María es aquella que escucha y atiende, oye y practica dejando que gima en su interior el rostro humanado de Dios.

María es aquella seda enriquecida por mano divina que tira, y nunca se rompe, hacia el espíritu auténtico del servicio. Que nos empuja hacia el Señor que se hace presente en todo aquel que lo busca con un corazón limpio.

María es aquel bordado, pensado y meditado por Dios desde hace muchos siglos, en cuyo bastidor aparece desde el principio, y para que no exista confusión, las iniciales de JESUS HOMBRE Y SALVADOR.

María es aquel resultado final donde resplandece y se hace realidad el anuncio del ángel: Dios se hace hombre en el seno virginal de una nazarena.

María es la sencillez encarnada. Ha sido y lo sigue siendo, el clamor popular junto con los impulsos del corazón creyente, la que nos hace proclamar a los cuatro vientos que no hay nada ni nadie parecido a esta mujer que, aún viviendo un tiempo en la tierra, sigue brillando y destellando en lo más alto del cielo.

En su pureza, María, pone al descubierto esas otras coordenadas desdibujadas de corrupción y de desencanto, de lodos y de hipocresías, de soberbias y de humillaciones, de muertes y de esclavitudes que nos rodean y nos confunden. Precisamente, por esto último, hay una parte del mundo que vivirá al margen de esta celebración mariana, porque no le interesa interpelarse ante tanta zafiedad en la que le gusta nadar, legislar, presumir e incluso pavonearse.

María el retoño verde nacido sin contaminarse del tronco podrido de la humanidad. Es la madre del que reinará siempre.

María Santísima que, en contra de nuestro "*no sé si quiero servir o no servir*", se hace sencillamente la Esclava del Señor.

Es la mujer que nos trae la esperanza de ser capaces de vencer en esa lucha interna que llevamos en el corazón "*porque para Dios no hay nada imposible*".

María es Inmaculada, es Madre, es Señora nuestra, es Virgen de los Dolores....

¿Quién puede no desear la transparencia, la alegría, la plenitud, la gracia de María Inmaculada? Ella es la garantía de que un día seremos como ella, que es el modelo de la humanidad redimida, de todos los que acogen con fe y amor al fruto de su vientre, Cristo Jesús Redentor, único Salvador del mundo y de cada uno de nosotros. Purísima e inmaculada debía ser la madre del Hijo de Dios. Y la verdadera devoción a la Virgen consiste en imitarla en esta vocación y misión: Acoger en nuestro corazón y en nuestras vidas a Cristo, por obra del Espíritu Santo, para darlo a los otros con el ejemplo, la oración, la ayuda, el sufrimiento, la palabra, la alegría, la fe y la esperanza.

.../...

¿Quién puede no querer amar a esta Madre tan entrañable? Una Madre divina -Madre de Dios- que es Madre espiritual de todos los hombres, de la Iglesia.

Es por ello por lo que María Santísima ha recibido la gracia inicial de ser Inmaculada: todo su ser pertenece exclusivamente a Cristo y, consecuentemente, recibirá de su Hijo Redentor la glorificación en su cuerpo y en su alma, su Asunción a los Cielos. En la “*virginidad*” de María se hace patente la *Divinidad de Cristo*; en su *maternidad* aparece la *humanidad del Señor*; en su *colaboración* se manifiesta la *acción redentora de Cristo* que quiere la cooperación de los redimidos. *María es transparencia de todo el misterio de Cristo* puesto que “*reúne en sí y refleja en cierto modo las verdades de la fe*” (LG, 65).

Y los cristianos..., la Iglesia..., nosotros, ¿cómo vivimos este regalo tan inmerecido? Nuestra vida de fe se construye con cimientos fuertes y seguros cuando vivimos en María:

Cimientos fuertes y seguros son cuando en vez de hablar y teorizar sobre “*espiritualidad mariana*”, vivimos con nuestra Madre de modo presente y la hacemos partícipe en los múltiples y complejos problemas que acompañan hoy la vida de los hombres, de la familia y de las naciones.

Cimientos fuertes y seguros son, también, cuando la imitamos en su fidelidad, aquella que la hizo Madre de Dios y Madre nuestra y se transparenta en nuestra vida, casi sin querer, el amor filial que nos hace más humanos, siendo conscientes de la actitud de dependencia que mantenemos ante su maternidad: María Santísima se encuentra, por lo tanto, presente en el corazón y en la mente de toda la Iglesia, Ella es la Madre de todos los pueblos.

.../...

La comprensión del misterio de María como llena de gracia, desde el primer instante de su concepción se desarrolla en la fe sencilla del Pueblo cristiano que, asistido por el Espíritu de Dios, intuye como algo creíble lo que todavía no se explicaba desde la teología ni se había definido desde el Magisterio de la Iglesia. Es el pueblo quien entiende la Concepción sin mancha de la Virgen María como un momento de gracia que particularmente se le concede a Ella, pero que luego redundará en todos los cristianos que forman parte de la historia que, precisamente en María, tiene un punto de partida por estricto designio providencial de Dios.

Nosotros, que nos movemos entre nuestra condición pecadora y la preservación, fruto de la gracia, que nos auxilia evitándonos tantas caídas, vemos en María una compañía amorosa y materna que nos sostiene en la fidelidad al proyecto de Dios. Vivir a María, es reconocer en el sí de la Virgen un verdadero reclamo para que nuestro sí se abraze al suyo.



Todos hemos sido redimidos de la culpa que a María se le evitó por la misma Redención de Cristo. Ella "*antecede con su luz al Pueblo de Dios peregrinante como signo de esperanza y de consuelo*" (LG 68). Ella es el comienzo que tiene en sí el anticipo del fin, es el comienzo de un mundo nuevo animado por el Espíritu: es plenitud de amor, superávit de realidad cristiana, nostalgia de paraíso perdido y vuelto a encontrar, es luz de nuestra fe y guía de nuestra esperanza.

Ella nos ilumina en la senda de nuestras necesidades más profundas hoy día cuando -más que nunca- los cristianos tenemos la necesidad de abrirnos a Dios para fortalecer nuestra fe, para alimentarla continuamente en la *Fuente de Agua Viva*: sin la fe en Dios terminamos por perder la fe en el hombre y en la vida.

Nos conduce, la Virgen Inmaculada, hacia una vida plenamente evangélica cuando mostramos nuestra apertura a Dios, si nos dejamos invadir por el Espíritu Santo. Ya los primeros cristianos vieron en María la "*llena de gracia*", la mujer especialmente favorecida, la "*bendita*" y "*fuentes de bendiciones*" para cuantos se acercan a ella; y nosotros, seguidores del Señor, sólo desde esta experiencia mariana vivida con intensidad en la Iglesia podremos luego ser testigos de lo que hemos visto y oído: podremos proclamarlo, que eso es evangelizar y tendremos que hacerlo en el seno de una cultura que parece cerrarse cada día más a Dios.

La cultura de una sociedad en la que los fieles católicos vivimos afectados por cambios contrarios a nuestros valores; una sociedad que, en ocasiones, nos produce una sensación de temor y pesimismo, de endurecimiento y agresividad, o de confusión y desconcierto. Es una época que nos pone a prueba a todos y que pone sobre el tapete una cuestión capital: **para ser cristiano hay que comenzar por convertirse a una nueva forma de vida que se cifra en la fe en el Dios de Jesucristo y en la conversión al amor de Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos.** Se nos urge, pues, a un avivamiento de las experiencias religiosas más profundas, una conversión sincera, la oración personal y comunitaria, la esperanza en la vida eterna acompañada de un desprendimiento de las codicias de este mundo; será la asimilación de un nuevo estilo de vida basado en el seguimiento e imitación de Cristo, mediante la abnegación y la obediencia, desde la entrega sincera al amor y al servicio del prójimo.

La secularización de la sociedad no debe llevarnos al silencio de Dios y menos a su olvido vivencial sino que nos invita, ciertamente, a asumir nuestra responsabilidad en la historia y a no evadirnos ante los problemas. Dios sigue siendo tan real como actual y esto es lo primero que nos recuerda su Madre: *si María fue una bendición de mujer y su vida fue fecunda, se debió a que supo abrirse a Dios.*

.../...

Vivimos en un tiempo de corazones empedernidos que sofocan la voz de lo profundo, y en el que lo fugaz, lo cotidiano o rutinario adormece nuestro interior; un tiempo en que las ansias de poder, y de destacar, tapan como losas lo profundo de nuestro ser.

Vivimos en un tiempo dominado -sin que la Iglesia sea una excepción- por una mentalidad de corto plazo, que aprecia únicamente lo factible y cuantificable, y ha perdido de vista que las cosas que cuentan no son únicamente las que pueden ser cuantificadas.

La fuerza de la Iglesia, su poder de cambiar el mundo, no puede consistir en sus posibilidades inmediatas para hacer esto o aquello, sino en ser ese espacio al que podamos regresar en todo tiempo a recogernos en silencio para crecer, desarrollarnos y dar los frutos que podamos confiando en nuestro Señor.

Por la Inmaculada recibamos al Señor Jesús, pero no sólo de palabra y pensamiento sino en nuestra actitud y en nuestro modo de vida,

Hace falta que seamos más cristianos, más convencidos, más convertidos, más arraigados en las verdades fundamentales de la fe; se nos hace urgente una llamada a que tengamos la fortaleza suficiente para profesar, practicar y anunciar la fe en este nuevo mundo cultural en el que estamos viviendo, siendo capaces de evangelizarlo, de recrearlo desde la fe, en vez de sucumbir a su poder de seducción.

Cristianos capaces de inventar otras formas de vivir en este mundo nuestro del desarrollo y de la tecnificación, del derroche y la pobreza, del bienestar y del aburrimiento.

Nuestro compromiso con la sociedad nos exige ser comunidades, cofradías, parroquias o grupos de cristianos realmente convertidos a Él, convencidos de su Redención. Es prioritario que queramos vivir en este mundo, sin evasionsismos y respetando la lógica interna de la vida cristiana y de la piedad del creyente.

¡Cómo cambiaría nuestro entorno si estuviésemos dispuestos a organizar nuestra vida desde la originalidad de la fe vivida intensamente!, ¡cómo purificaríamos nuestro alrededor si no nos dejáramos domesticar por los gustos y las modas de la época que no son compatibles con la inspiración soberana del Evangelio de Jesucristo!

Hacen falta cofrades-cristianos ganados enteramente por el Evangelio de Jesucristo, que tengan una experiencia religiosa y apostólica muy de primera mano, que vivan muy directamente el atractivo de Jesucristo viviente, que es el Evangelio perenne de Dios a los hombres.

Hoy, más que nunca, debe resonar en nuestro interior aquel hermoso y tierno dialogo... *“Maestro, tu madre y tus hermanos están afuera y quieren verte [...] Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica”* (Lc. 8, 19)..., cierto, su Madre, la que escuchó la Palabra y la llevó en su seno, la que puso en práctica hasta la última coma lo que Dios le pidió, la que amó a Dios *“con todo el corazón, con toda el alma y con todo su ser”*, la que amó al prójimo como a sí misma en actitud permanente de servicio desde el mismo instante de la anunciación y proclamó *“la grandeza del Señor que se fijó en su pobreza”*, la que hizo del que es la Vida su propia vida,... su Madre Inmaculada, quien nos enseña que todos podemos ser hermanos o hermanas del Señor si somos totalmente de Dios porque *“a todos los que lo recibieron les concedió ser hijos de Dios: estos son los que creen en su Nombre”* (Jn 1, 12).

Por ello, para ser siempre los que *“recibieron en sus vidas al Mesías Redentor”*, necesitamos que venga sobre nosotros el Espíritu Santo y nos transforme en hombres y mujeres de certezas, de iniciativas, de entrega, de firmeza y de esperanza; entusiastas, desprendidos, fieles hasta la muerte. Y todo ello se cumplirá bajo el manto maternal de la Virgen María, madre y maestra de la fe, de la fidelidad, de la esperanza firme, Concebida sin mancha que atrae infaliblemente la gracia y el poder de Dios sobre nosotros.

.../...

*«Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron. Pero el replicó: Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la guardan»* (Lucas, 11, 27y s.).

Con estas palabras de gozo, de exaltación, exclamadas desde lo más hondo del corazón del Hijo, descubrimos aspectos sorprendentes que nos llevan a comprender mejor las razones de la veneración hacia María quien *«escucha la palabra de Dios»* (Lucas 11, 28), por ser, como dijo Isabel en su saludo: la que *«ha creído»* (Lucas 1, 45), y la que *«guardaba todo en su corazón»* (Lucas 2, 19 y 51) relacionando las cosas, ponderándolas y ahondando en su significación: antes de ser la Madre según el cuerpo, lo había sido ya según el espíritu. Guardaba las palabras de Dios en el corazón; las asociaba, las meditaba, y penetraba en su sentido. María guardaba la Palabra, y por ello es nuestra Guía, espejo en donde se mira la Iglesia.

María, escuchó la Palabra del Padre y, la que nació Inmaculada, experimentó con fuerza el amor misericordioso del Padre, ese amor que se nos entrega

cuando volvemos a Él. María, que guardaba todo en su corazón, se nos ofrece hoy —y siempre— para que acudamos a su Hijo. Tal es para nosotros María: la que dio el sí perfecto al mostrarse disponible sin reservas; la que supo acoger, y la que supo desprenderse de su Hijo para experimentar el triunfo del Amor, que es la Verdad. La Virgen María es modelo de “*fe vivida*”, por eso es “*Bienaventurada*”.

Nuestro amor a la Virgen ha de centrarse en la contemplación de su vida de fe:

Madre de los creyentes, por eso, podemos afirmar con fuerza y convencimiento que Ella es el espejo en donde ha de mirarse la Iglesia.

María la que siempre tuvo plena confianza en Dios. Su vida quedó inundada por la alegría de ver salvados a los hombres, de verlos reconciliados con Dios-Padre.

María hizo posible la Encarnación del Hijo de Dios y, por tanto, la restauración del género humano. En Ella encontramos el modelo en donde poder mirarnos para encontrarnos con su Hijo y, así, la llamamos con alegría y confianza, Madre.

Celebramos la fiesta de la Virgen Inmaculada. María se ha fiado de Dios, se ha entregado a él llena de confianza y ha decidido libremente seguir en todo a su llamada y su voluntad.

Se ha fiado de ese Dios desconcertante que tiene unos caminos que no son nuestros caminos.

Se ha puesto en las manos de ese Dios sorprendente que siempre es mayor de lo que el hombre puede pensar.

Se ha entregado a aquel Dios que enamora y seduce y nos convierte en agentes de salvación y liberación para nuestros hermanos.

Se deja seducir por el Dios fiel, que ha cumplido las promesas que había hecho a nuestros padres; el que en medio de nuestros desiertos y de nuestras noches oscuras camina con nosotros como caminó con Israel por el desierto.

Ha puesto su vida sobre la roca firme de nuestra fe, Aquel que nos invita a apoyarnos en Él para poder mantenernos fieles.

Esta es la experiencia de fe de María, su experiencia de Dios, su credo, que ha podido descubrir desde su pobreza y desde su humildad.

Cuando Isabel la llama "*Madre de su Señor*", está anunciando la llegada del Mesías, el comienzo de los tiempos nuevos. La misericordia salvadora de Dios, esperada por nuestros padres, nos está alcanzando, está llegando.

Ante los miedos y sufrimientos humanos, Dios va a entrar personalmente en acción. Él va a vencer el pecado y la muerte en su misma raíz; nos va a dar un corazón de hijos y hermanos, capaces de compartir nuestros bienes y de hablar un nuevo lenguaje: el lenguaje de la paz frente al armamentismo; el lenguaje de la fraternidad frente al ansia de dinero; el lenguaje del amor que libera, frente a la injusticia.

Honramos a la Virgen Inmaculada, arquetipo de la Iglesia que tiene por misión y pedagogía "*engrandecer*" a Dios en el universal auditorio de un mundo tentado de "*empequeñecerlo*", y, en consecuencia, de "*sustituirlo*". Ante una incredulidad creciente, la Iglesia debe proclamar y ser testigo del Dios Vivo.

María anuncia la presencia personal de Dios en medio de los hombres, en la vivencia profunda de lo que significa celebrar la muerte y la resurrección de Jesús en la Eucaristía; desde la presencia luminosa del Espíritu que se nos da en el Bautismo y en la Confirmación; desde la fuerza de Dios que recibimos en el Sacramento del Orden, del Matrimonio y de la Unción de los Enfermos: signos quizás sencillos, pobres y desconcertantes, pero en los que descubrimos que Dios salva y camina con su pueblo. Presencia personal de un Dios que nos trae el perdón; que va a sanar nuestro corazón enfermo; que nos va a hacer partícipes del amor de Dios cuando tenemos la honda y gratificante experiencia del perdón sacramental.

.../...

La belleza inigualable de quien es "*Casa de oro*", "*Arca de la Alianza*", primer Sagrario de la divinidad, Templo vivo y esplendoroso donde Dios se acercó al hombre en tierno y misterioso gesto de amor infinito y de misericordia paternal; es también un espejo creyente y emocionado, un "*vaso insigne de devoción*", es "*auxilio de los cristianos*" que le rezan emocionados un sencillo "*ruega por nosotros*".

Este pregón mariano en víspera de la Solemnidad de la Inmaculada Concepción, Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo, quiere ser un signo del amor que merece nuestra Madre del Cielo, un signo real del cariño filial con que la miramos, la amamos, la veneramos, la aclamamos y le suplicamos los cofrades de esta Arcicofradía, poniendo alma, vida y corazón, como solo sabemos hacerlo los hijos de esta bendita tierra de María Santísima: "*¡Tota pulchra!*". Lo sabía el orbe cristiano y lo proclamaba España mucho antes de la llegada del dogma de 1854.

Andalucía no existe sin la Virgen por ello sembró toda una geografía mariana en su suelo, para que no faltara una advocación, que fuera emblema de cada zona, de cada pueblo, de cada ciudad. Cuando alguien por la causa que sea, se ve obligado a dejar el sitio que le vio nacer, lleva siempre muy dentro aquello que ha sido el eje de su vida, lo que le es familiar, lo que ha vivido en su seno e intenta tener una réplica donde poder volcar sus devociones, sus sentimientos.

¡Bendito anhelo mariano! que hace que hombres y mujeres de bien hayan regado los altares de nuestro pueblo con las advocaciones más sublimes de nuestra Madre. Todas traen un bagaje importante de recuerdos, de milagros, de fe..., que son el alimento de los que la aman. *Los corazones se mueven por los sentimientos y los sentimientos reciben mensajes divinos, impulsados por la mano protectora de María.*

Sí, Pura y limpia, María, llenando el inmenso cielo azul con la sencillez de tu candor, reflejo de toda la belleza acumulada en el Santuario de Nuestra Patrona –Virgen de la Victoria-. Desde que esta tierra te proclamó ante el orbe, Inmaculada; desde que la Cofradía proclama, defiende, vive y pregonas tu Concepción Inmaculada; desde que tus hijos te tienen como Madre y Señora, se modeló un relicario donde confluyen todas las devociones que enaltecen los sentimientos marianos de una ciudad y su provincia.

“*Me llamarán bienaventurada todas las generaciones*”. ¡Que verdad más profunda! ¡Cuántas veces se ha cumplido aquello que nuestra Madre cantó a las puertas de la casa de Isabel. Hoy le decimos, también, “*bienaventurada*” y, así a lo largo de los siglos ha sido considerada y se ha invocado, se han cantado alabanzas a la Madre de Dios o le han pedido calladamente que mire con misericordia a esos hijos suyos necesitados: nunca nos faltará la gracia. Bienaventurados nosotros, como ella, si creemos, porque aquello a que se nos ha llamado se cumplirá.

.../...

“AVE MARÍA”. ¡Cuántos versos se han escrito para cantar la Inmaculada Concepción de María desde los primeros balbuceos de nuestras lenguas! Nuestro mejor saludo no puede ser otro que el que Dios le dirigió por medio de su ángel: “Alégrate, María”. Y su alegría es la nuestra, porque María es el honor, la alegría y la gloria del género humano.

“LLENA DE GRACIA”. Porque Dios la colmó de sus dones desde antes de nacer, desde el primer instante de su concepción: llena de gracia desde su concepción, y llena de gloria y asunta al cielo al final.

“EL SEÑOR ESTA CONTIGO”. “Contigo, sí”. Mediante la encarnación, con la presencia de Dios, hecho hombre en sus entrañas, hecho huésped, amigo y compañero de los hombres. El Señor está con María y, así, está con nosotros.

El Señor está con María, porque se ha hecho carne de su carne y sangre de su sangre. Pero, más que nada, se hizo vida y conducta en todas las obras de María. Su docilidad y fidelidad a la Palabra de Dios propiciaron el “sí” que la convertiría en Madre de Dios y Madre del salvador, Madre también de todos los salvados en Cristo.

“RUEGA POR NOSOTROS, PECADORES”. La que es “*sin pecado concebida*”, viene a recordarnos también que somos pecadores aunque erróneamente parezca amortiguada, incluso entre cristianos, la conciencia de pecado. Por eso imploramos su ayuda. Nuestra plegaria se funda en una entrañable verdad de fe: María es nuestra Madre.

“AHORA Y EN LA HORA DE NUESTRA MUERTE”. Una mujer, una de nosotros, fue concebida sin pecado y nunca tuvo arte ni parte en él. De ella nació Jesús, el cordero de Dios que quita el pecado del mundo, Cristo Redentor. Dios quiso liberar a María de toda herencia de pecado para ser Madre del Señor. Y Dios quiere que hoy luchemos por hacer retroceder el pecado del mundo para que la Iglesia alumbré a Jesús, el Salvador. Anunciamos la Buena Noticia desde una postura de resistencia al pecado ahora, hasta nuestra muerte.

.../...

El “*sí absoluto que Dios*” ha dicho a la humanidad se nos hace más cercano en el misterio de la Inmaculada Concepción de María, en ella ha quedado beneficiada y animada toda la humanidad. Un “*sí*” que tiene expresión en un tierno diálogo, misterioso y profundo, un anuncio de una difícil empresa un “*fiat*”, un “*hágase*”, un “*lo que Tu quieras pues sólo en Ti pongo mi vida*”, un acto de amor que solamente podía venir de Aquella que desde el comienzo de los tiempos había sido preservada, un amor limpio, creyente, fecundo..., tan fecundo que generó vida, más fecundo aún pues generó LA VIDA, la Palabra, Jesús, el Cristo, el Señor... Por la encarnación la palabra revelada en el Evangelio cobra sentido y el anuncio de la Buena Nueva da contenido a nuestra fe en el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob... en Jesús de Nazaret, en el hombre Jesús que vivió en la historia, que forma parte de la humanidad, que es el Cristo Redentor, que se hace presente en la Eucaristía.

A Él, y a través de ti, Madre de Dios y Madre nuestra, ofrendamos el pan que alimenta, el vino que fortalece, nuestra vida con anhelos y nuevas propuestas,

con peticiones y alabanzas... La Eucaristía, centro y piedra angular del cristiano.

La Inmaculada Virgen, es la Madre que se nos confió y a la que fuimos confiados al pie de la Cruz. Con María nos dirigimos hacia ese Paraíso al que Ella fue asunta y en donde con su Hijo y todos los santos nos esperan para la eternidad.

No puedo finalizar sin una invocación a nuestra Madre Inmaculada, la Virgen de los Dolores, a Ella que siempre escucha nuestras plegarias, Madre que nos acompaña siempre y nos escucha, le quiero decir:

A ti, Virgen de los Dolores, Inmaculada en tu concepción, predestinada por Dios sobre toda otra criatura como abogada de gracia y modelo de santidad para su pueblo, te renovamos hoy, de modo especial, nuestra consagración como hijos tuyos y de la Iglesia.

Guíanos en la peregrinación de la fe, haciéndonos cada vez más obedientes y fieles a la palabra de Dios.

Acompáñanos por el camino de la conversión y de la santidad, en la lucha contra el pecado y en la búsqueda de la verdadera belleza, que es siempre huella y reflejo de la Belleza divina.

Ilumina a nuestra Archicofradía para que sea ejemplar en la fe, constante en la esperanza, incansable en el amor y constructora de unidad en la Iglesia

Obtén tú, una vez más, paz y salvación para todas las gentes. El Padre eterno, que te escogió para ser la Madre Inmaculada del Redentor, renueve también en nuestro tiempo, por medio de ti, las maravillas de su amor misericordioso.

Santa María Inmaculada, sostén de nuestras familias, protectora de los sacerdotes, esperanza de las vocaciones, luz en nuestro camino. Virgen Inmaculada, Madre de Dolores, Ruega por nosotros.

Así sea.